

*Revista Internacional y Comparada de*

**RELACIONES  
LABORALES Y  
DERECHO  
DEL EMPLEO**

*Escuela Internacional de Alta Formación en Relaciones Laborales y de Trabajo de ADAPT*

*Comité de Gestión Editorial*

Alfredo Sánchez-Castañeda (*México*)

Michele Tiraboschi (*Italia*)

*Directores Científicos*

Mark S. Anner (*Estados Unidos*), Pablo Arellano Ortiz (*Chile*), Lance Compa (*Estados Unidos*), Jesús Cruz Villalón (*España*), Luis Enrique De la Villa Gil (*España*), Jordi Garcia Viña (*España*), Adrián Goldin (*Argentina*), Julio Armando Grisolia (*Argentina*), Óscar Hernández (*Venezuela*), María Patricia Kurczyn Villalobos (*México*), Lourdes Mella Méndez (*España*), Antonio Ojeda Avilés (*España*), Barbara Palli (*Francia*), Juan Raso Delgue (*Uruguay*), Carlos Reynoso Castillo (*México*), Raúl G. Saco Barrios (*Perú*), Alfredo Sánchez-Castañeda (*México*), Malcolm Sargeant (*Reino Unido*), Michele Tiraboschi (*Italia*), Anil Verma (*Canada*), Marcin Wujczyk (*Polonia*)

*Comité Evaluador*

Fernando Ballester Laguna (*España*), Francisco J. Barba (*España*), Ricardo Barona Betancourt (*Colombia*), Esther Carrizosa Prieto (*España*), M<sup>a</sup> José Cervilla Garzón (*España*), Henar Álvarez Cuesta (*España*), Juan Escribano Gutiérrez (*España*), Rodrigo Garcia Schwarz (*Brasil*), José Luis Gil y Gil (*España*), Sandra Goldflus (*Uruguay*), Djamil Tony Kahale Carrillo (*España*), Gabriela Mendizábal Bermúdez (*México*), María Ascensión Morales (*México*), Juan Manuel Moreno Díaz (*España*), Pilar Núñez-Cortés Contreras (*España*), Eleonora G. Peliza (*Argentina*), Salvador Perán Quesada (*España*), María Salas Porras (*España*), José Sánchez Pérez (*España*), Esperanza Macarena Sierra Benítez (*España*)

*Comité de Redacción*

Omar Ernesto Castro Güiza (*Colombia*), María Alejandra Chacon Ospina (*Colombia*), Silvia Fernández Martínez (*España*), Paulina Galicia (*México*), Noemi Monroy (*México*), Juan Pablo Mugnolo (*Argentina*), Lavinia Serrani (*Italia*), Carmen Solís Prieto (*España*), Francesca Sperotti (*Italia*), Marcela Vigna (*Uruguay*)

*Redactor Responsable de la Revisión final de la Revista*

Alfredo Sánchez-Castañeda (*México*)

*Redactor Responsable de la Gestión Digital*

Tomaso Tiraboschi (*ADAPT Technologies*)

## **El trabajador. Dominio y figura, por Ernst Jünger**

*Una reseña*

---

Jünger, Ernst: El trabajador. Dominio y figura. Tusquet, Col: Ensayo, núm. 11 (Trad.: Andrés Sánchez Pascual), Barcelona, 3ª ed. 2003.

El trabajador... es una obra muy compleja, escrita en un tiempo y lugar muy determinado que explica, al menos en parte, su método discursivo y su perspectiva de análisis. No es una obra que pueda leerse sin tener en consideración estas variables, y, además, sin analizar su discurso en una clara corriente hegeliana, en el que la historia de lo analizado forma parte misma del sistema analítico.

La primera edición de “El Trabajador” fue escrita en 1932. Muchos quisieron ver en ella el asidero moral y teórico en la gran inflexión de los tiempos que se avecinaba. Aunque como bien expone su autor en el prólogo a la tercera edición de 1963 (pp. 11 a 13) no existe dicha influencia, en primer lugar, “porque no sobrevaloró el influjo de los libros sobre la acción, y luego, porque éste apareció muy poco antes de los acontecimientos”.

Entiende que la necesidad de escribir una obra como esta nace de la propia evolución que experimenta la figura del trabajador desde 1848 a 1918. Recuérdese que en 1948 se publica el Manifiesto Comunista, y que en 1918 termina la primera guerra mundial y se promulga el Tratado de Versalles, en cuya parte XIII se crea la Organización Internacional del Trabajo, de importancia tan creciente en el mundo contemporáneo. En todo estos años lo “único que permanece inquebrantable y va emergiendo del caos con una eficacia cada vez mayor es la Figura del Trabajador” (p. 12).

El objetivo de la obra, como afirma en el prólogo a la primera edición, que también se incluye en ésta, es hacer visible la Figura del Trabajador como magnitud operativa que ha incidido de modo determinante en las

formas de un mundo que experimentado modificaciones enormes (p. 15). La obra se divide en dos grandes partes, una conclusión (de una sola cuartilla editada) y un sumario, en donde resume los epígrafes en los que se estructura la obra (§) con una breve frase conclusiva. Se incluyen en esta edición unas anotaciones a *El Trabajador*, y lo que el editor de la obra denomina “Correspondencia”, que son unas cuantas cartas del autor a su editor a lo largo de los años en relación con la inclusión de este ensayo en sus obras completas.

La primera parte tiene siete capítulos redactados en 27 §. La segunda tiene 8 capítulos que abarcarán del § 28 al § 79. La conclusión es el § 80.

Pasemos a exponer brevemente un resumen de los ítems de su pensamiento, no sin advertir de la dificultad de su seguimiento, a veces en grado sumo. Es una obra tremendamente compleja, que apuesta por un discurso apoyado en premisa del razonamiento que él mismo define y estructura. No es, con todo, una obra que puede leerse fuera de su contexto histórico, como acontece usualmente con las argumentaciones ideológicas, que sólo se explican en consideración a un determinado tiempo y lugar.

### *Primera parte*

§ 1 (pp. 19 a 22). Se analiza las razones por las que la burguesía alemana no ha sido una burguesía clásica, esencialmente porque no ha sido capaz de organizar su propia libertad. Entiende que la libertad ha sido entendida como instrumento, no como aspecto inherente al hombre. De ahí proviene una atrofia en su proyección. La libertad ha sido “concedida en feudo”. Y por ello ha sido proyectada como responsabilidad y obediencia, que son los valores que organizan a la sociedad alemana. Y dicha libertad, como instrumento que es, se materializa en orden y obediencia al jefe, que es el primer trabajador. “De ahí que la libertad y el orden esté referidos no a la sociedad, sino al Estado, y que el modelo de toda articulación sea la articulación del ejército y no el contrato social” (p. 21). Dominio y servicio son una misma cosa, una manifestación de la libertad.

§ 2 (pp. 23 a 24). Lo que caracteriza al trabajador es su “implacable oposición a las valoraciones burguesas y extrajo del sentimiento de esa oposición la fuerza para ejecutar sus movimientos propios”.

Los medios con los que cuenta el trabajador han surgido del combate, y vienen mediatizados por la posición que ocupa el adversario.

*El Trabajador*, en menos en Alemania, participa de valores burgueses, pues durante tiempo participa junto con él del combate librado contra el absolutismo. Antes o después debe desprenderse de la costra que sigue

pegada a él.

§ 3 (pp. 25 a 26). El burgués es un estamento. Y ve al trabajador desde su óptica estamentaria. Se encuentra cómodo siempre que pueda vislumbrar que el otro forma una unidad homogénea, caracterizada, como él, por rasgos comunes, propios. Y desde esta óptica la negociación entre dos estamentos forma parte de su estrategia de supervivencia.

Pero entre el trabajador y el burgués hay una diferencia esencial. El trabajador está capacitado para poseer una libertad diferente que la libertad burguesa, pues puede plantear reivindicaciones más profundas y mucho más “propias de un estamento”.

§ 4 (pp. 26 a 33). “El burgués es la unidad de lo racional y lo moral”, y la razón y lo moral son los dos conceptos supremos que vertebran la sociedad. Repárese que la sociedad “ha sufrido en la edad burguesa un cambio a la baja de su valor”, porque “ha adquirido un significado cuyo sentido es la negación del Estado como medio supremo del poder” (p. 26).

Al asumir la sociedad el papel de detentador del poder, y el burgués el de dominador de la sociedad la lucha que se produzca en ésta determina las posiciones de fuerza. Y el burgués se da cuenta de que la fuerza de la plebe, aunque procede de la ciénaga y es por definición informe es más poderosa que la burguesa (p. 27).

El burgués “extermina a quienes efectuaron y cometieron realmente los actos y los atentados que le abrieron a él por la violencia las puertas del dominio, tan pronto como acaban su tarea” (p. 27).

La sociedad es el Estado y, por ello, el ataque a su estamento, a su sociedad se configura como un ataque al Estado. La persona singular es lo mismo que la masa. Y lo que pretende el burgués, por encima de todo, como estrategia defensiva de su propio status quo es que el trabajador “se conciba a sí mismo como el portador futuro de la sociedad”, porque así queda asegurada “la más sutil de las posibilidades de su dominio” (p. 29).

La sociedad es, por tanto, el valor a salvaguardar, tanto desde las “cátedras universitarias” como desde “lo alto de sus sotobancos”. La sociedad se renueva con los ataques que recibe, porque su carácter impreciso permite absorber sus contradicciones, incluso las más virulentas que niegan su posición primigenia. Y defiende la incorporación de la contradicción transformándola en acto democrático, y derivando su potencialidad destructiva hacia las votaciones y censos. En definitiva, pretende absorber sus contradicciones, en una mentalidad que denomina “femenina” (p. 30).

Si la contradicción es “radical” (vocablo de “inaguantable regusto burgués”) la sociedad entiende que estamos en presencia de una reivindicación extramuros de su concepto de libertad, y la somete al

“tribunal de su ley fundamental” para hacerla “inocua”.

Pero existe un peligro, que la radicalidad se ha constituido en “un lucrativo negocio del cual han estado extrayendo su único alimento generaciones y más generaciones tanto de políticos como de estetas”. Y el último refugio de la tontería. Estamos ante una forma estética y lo normal es que las formas estéticas tengan contenido. Esta por ver que esto sea así en los planteamientos radicales. Porque la burguesía ha conseguido calcar su modelo de libertad en la mentalidad del trabajador, pasando a plasmarlo en moldes contractuales.

El nuevo poder que encarna el trabajador constituye una nueva Aurora social, aunque la nueva sociedad sea un calco de la vieja sociedad. Por eso el trabajador no se revela como un enemigo mortal de la sociedad, porque, además, el burgués le ha enseñado al trabajador a reivindicar cosas “que al burgués le parecen apetecibles”. Pero la vida alberga más cosas que las apetecibles por el burgués y por eso el trabajador debe ser el portador no de una sociedad nueva, sino de un Estado nuevo (p. 33).

Para ello hace falta que el hombre, la persona singular se transforme en un guerrero, y la masa en ejército. Para ello hay que cambiar el escenario de las negociaciones por el de la acción, transformando sus vínculos jurídicos en vínculos militares.

§ 5 (pp. 33 a 36). El trabajador, al menos históricamente, ha sido una cualidad económica. Y eso determina que la reivindicación de libertad deba ser también económica, porque es ineluctable que todos los planteamientos en las relaciones entre explotadores y explotados tienen una magnitud económica.

El centro del cosmos es la economía, que se erige en potestad suprema. Sin embargo la economía no es capaz de otorgar libertad. Hay que negar el rango que ocupa la economía en la sociedad, no su existencia. Para ello es necesario que se niegue que la aparición del trabajador tenga que ver con lo económico. Debemos declarar al trabajo y al trabajador como algo independiente del mundo económico. Y para ello hay que entender que el eje de la sublevación no es ni la libertad económica, ni el poder económico, si no el poder en sí mismo considerado.

§ 6 (pp. 36 a 37). El siglo XIX ha interpretado al trabajador como el representante de un estamento nuevo, y con ello ha asegurado el orden burgués, pues el trabajador es un actor más del mismo juego. Para poder luchar contra esta perspectiva debe el trabajador representarse a sí mismo con una nueva conciencia, una conciencia peculiar de sí mismo.

§ 7 (pp. 38 a 38). La figura del trabajador ha venido instituida por condiciones de espacio, tiempo y ser. Y son figuras “aquellas magnitudes que se ofrecen a unos ojos que captan que el mundo articula su estructura

de acuerdo con una ley más decisiva que la ley de la causa y el efecto” (p. 38).

§ 8 (pp. 38 a 42). El mundo de las ideas, y de la política, se maneja con figuras, no con conceptos, y sus relaciones también. Y la figura no se encuentra sometida a los elementos “del Fuego y de la Tierra”, y, por tanto, el ser humano, como figura que es, pertenece a la eternidad. Eso supone, sin más, que la Figura del humano es inalterable. Y para relacionar esa Figura con todo lo que le circuncida debemos crear una relación nueva.

El ser individual también es Figura, y, por ello, abarca más que la suma de sus fuerzas y capacidades. Lleva consigo la norma que es capaz de reproducir la Figura. Y toda su vida, como tal Figura, es vivida satisfactoriamente si es capaz de reconocerse como Figura, porque “la más amarga desesperación de una vida consiste en no haberse colmado, en no haber estado a la altura de sí misma” (p. 42).

§ 9 (pp. 42 a 45). En la edad burguesas “las cosas se diluían en ideas, en conceptos o en meros fenómenos, y los polo de ese espacio líquido eran la razón y la sentimentalidad”. Pero el burgués no es una Figura.

Pero “la sublevación del trabajador fue preparada en la escuela del pensamiento burgués” (p. 43). La burguesía fue capaz de educar al trabajador en la negociación, con lo que le asocia al proyecto burgués. Es una mera estrategia de supervivencia.

Alemania es una provincia de Europa, el lugar donde reside la burguesía. La victoria de Europa sobre Alemania permitió consolidar el espacio artificioso de burguesía. Es aquí donde se revela cuál es el papel indigno que la burguesía adjudica al trabajador, haciéndole creer que era el trabajador quien tenía el dominio. El trabajador lo que tiene que hacer es combatir ese espacio ya que topará siempre con negociaciones y con concesiones y con ninguna otra cosa. Cómo logra esto el trabajador: haciéndose ver cómo figura, dentro, a su vez, de un orden jerárquico de figuras.

§ 10 (pp. 45 a 46). Para verse como figura es necesario “destruir la labor educativa que la edad burguesa ejecutó en el ser humano” (p. 45). Para ello es necesario educar un tipo humano que asuma que sus reivindicaciones propias han de acreditarse ante una instancia más alta que aquella que se puede hacer valer en el ámbito de la justicia burguesa.

§ 11 (pp. 47 a 49). El trabajador, desde la perspectiva de su Figura, puede ser apreciado como comunidad y como persona.

No se ha negado, en ningún momento, que el trabajo es un hecho fundamental, se ha negado el lugar que ocupa en la historia de la burguesía.

El nombre mismo de trabajador “no puede sugerir sino una actitud que ve en el trabajo su misión propia y, en consecuencia, su libertad” (p. 47).

El resorte esencial para el trabajo no es la opresión, sino la responsabilidad.

Es conveniente diferenciar, en el mundo del trabajo, entre el individuo y la masa, lo singular y la comunidad.

§ 12 (pp. 47 a 51). Parar la actividad laboral, como si fuera un acto de culto, durante algunos minutos como manifestación de duelo o para grabar un instante en la conciencia social es una peculiaridad que demuestra que el trabajo es movimiento.

§ 13 (pp. 52 a 55). El trabajador mantiene una relación nueva tanto con el poder como con la libertad.

El sentimiento que define al burgués es, antes que cualquier otra peculiaridad, la seguridad. Por eso organiza leyes que le protegen, y abogados que le defienden.

La ciudad es seguridad, la técnica comodidad, que es otra versión de la seguridad. Lo extraordinario “de la edad burguesa no está tanto en el afán de seguridad cuanto en el peculiar carácter exclusivo de tal afán” (p. 53).

Hay una razón específicamente burguesa, razón que se emplea para defender el ámbito de seguridad. Para ello es necesario identificar el “peligro”, que es lo que es capaz de “romper los diques de que se rodea el orden” (p. 54). Lo que se pretende mediante la razón es construir un mecanismo que sea capaz de expulsar de sí el peligro. El peligro es, visto desde esta perspectiva, “el padre de la máxima seguridad”.

“La situación ideal de seguridad que el progreso aspira a alcanzar consiste, por el contrario, en que el mundo sea dominado por la razón, la cual deberá no sólo aminorar las fuentes de lo peligroso, sino también, en última instancia, secarlas” (p. 54).

La razón es capaz de identificar al peligro con lo absurdo, perdiendo así el derecho a ser real, identificándose con un error. El Estado, que se articula mediante un orden jerárquico, frente a la sociedad, que lo hace con principios igualitarios, se dota de fuertes sistemas de seguridad que son capaces de reconducir los riesgos de la política interior y exterior a la razón, sometiendo el peligro. Este esquema se utiliza tanto para la vida pública como para la privada.

La razón emplea un sistema de cálculo de las causas y efectos, tratando de analizar cuando los conflictos aparecen que son errores, es decir, que son absurdos y que, por tanto, no forman parte del ámbito de seguridad.

Utiliza a la educación y la ilustración para este objetivo, interpretando en el código de comportamiento que la humanidad es razonable, y, por tanto, que lo que pretende es la seguridad como principio supremo de

convivencia humana. De esta manera se insinúa que los conflictos son evitables, o al menos, que su presencia forma parte de la contradicción intrínseca del mundo burgués.

§ 14 (pp. 55 a 58). El espacio romántico, como Elemento esencial de lo humano, se proyecta en el mundo burgués “con todas las características de un espejismo del desierto, así la actitud romántica se presenta como protesta” (p. 57).

“A punto ha estado el burgués de convencer al corazón aventurero de que lo peligroso no existe de ninguna manera y de que la laque que gobierna el mundo y su historia es una ley económica” (p. 58).

§ 15 (pp. 58 a 61). La I Guerra Mundial poner punto final al tiempo burgués. En este momento se muestra la protesta revolucionaria, que a diferencia de la protesta romántica “se orienta a un presente, se dirige a un ‘aquí y ahora’ indubitable” (p. 58).

Las fuentes de energía de las que se nutría el romanticismo se han vuelto insuficientes, y la perspectiva no puede ser la misma. La protesta romántica estaba condenada al fracaso, pues se sustentaba únicamente en una antítesis frente a un mundo que estaba hundiéndose. La protesta revolucionaria se basa en el ataque. Y el actual escenario se caracteriza por que la catástrofe, el Peligro, “aparece como el apriori de un pensamiento modificado” (p. 60). El concepto de orden estalla por los aires, y el burgués se nostalgia de un pasado cercado que no es el de los tiempos actuales, y su actitud nostálgica hacia el siglo XIX y el orden que representaba orquestada con la razón es la actitud del débil.

Lo peligroso domina el presente y el combate tiene formas nuevas, cuya manifestación principal es la anarquía. Las pretensiones de seguridad son engañosas y anticuadas. “Quién aquí siga creyendo que con los órdenes de viejo estilo es posible domeñar ese proceso pertenecen a la raza de los vencidos, una raza que está condenada a la aniquilación” (p. 61).

§ 16 (pp. 61 a 65). “La certidumbre de estar participando en el germen más íntimo de nuestro tiempo es una de las características de la libertad” (p. 62). Lo que caracteriza al siglo XX de manera tan definitoria es la “intensificación”.

Resulta muy difícil percatarse de la relación esencial del trabajador con el mundo del trabajo. Sobre todo por las penalidades y peligros que se proyectan en la apreciación. En el mundo actual la búsqueda de sentido al mismo es algo más que una necesidad, es constitutivo del mismo. Pero apreciarlo es difícil, pues “resulta más difícil que nunca alcanzar la seguridad en medio de una situación que es puramente dinámica” (p. 64).

No hay libertad allí donde reina la pasividad, “sólo puede tenérsela en aquellos puntos donde hay actividad, don de se efectúa una

transformación operativa del mundo” (p. 64).

§ 17 (pp. 65). La perspectiva nueva de tiempos pasados produce aflicción y orgullo

§ 18 (pp. 65 a 67). En la ciudad se puede penetrar conceptualmente de múltiples maneras. La ciudad es un lugar de producción, de consumo, de explotación y de relaciones sociales, de orden, de crimen y de todo lo que se quiera. La ciudad apreciada como un todo no discrimina, no diferencia sus componentes individuales, parece una unidad.

§ 19 (pp. 67 a 70). Realismo heroica: concepción propia de sí mismo como perteneciente al mundo del trabajo y representativo de él. “En la medida en que la persona singular se sabe perteneciente al mundo del trabajo, su concepción de la realidad se manifiesta en que esa persona se capa a sí misma como presentante de la figura del trabajador” (p. 68).

No hay ningún movimiento que pueda renunciar a la pretensión de ser un movimiento de trabajadores. Y es en esta pretensión donde comienza a anunciarse la voluntad de poder.

Peor el esquema moral imperante está impregnado de un cristianismo corrompido, de “un cristianismo al que el trabajo mismo se le aparece como algo malvado y que transfiere la maldición bíblica a la relación material entre explotadores y explotados” (p. 69).

En este mundo toda reivindicación de libertad aparece como reivindicación de trabajo. “No podrá hablarse de un dominio del trabajador, de una ‘edad del trabajador’ hasta que no salga a la luz esa versión de la reivindicación de libertad” (p. 69). Lo que importa es que un tipo humano nuevo llene el espacio del poder y le otorgue sentido. Es decir, que el trabajador actúe según sus leyes propias. Porque “la vida del trabajador, o bien es autónoma, es expresión de sí misma, y, por lo tanto, es dominio, o bien no es otra cosa que el afán de participar en los derechos polvorientos, en los goces, que se han vuelto insípidos, de un tiempo periclitado” (p. 69).

Para ello es necesario concebir de modo diferente el mundo del trabajo. En primer lugar entendiendo que nada puede haber que no sea concebido como trabajo, que es lo que no han hecho hasta ahora los partidos que se denominan de los trabajadores. Trabajo es el corazón, la vida, la ciencia, el amor, el arte, el culto, la guerra...

¿Como participa el trabajador en todo esto, o por mejor decir, qué aspecto deben tener estas cosas para que el trabajador participe de ellas?

Por tanto, “dentro del mundo del trabajo toda reivindicación de libertad es posible únicamente en la medida en que aparece como reivindicación de trabajo” (p. 70).

El grado de libertad de la persona individual es directamente proporcional

al grado en que esa persona es un trabajador. Es necesario que el trabajador tenga una conciencia nueva, una conciencia de libertad nueva allí donde desarrolle su labor. Y una conciencia nueva de libertad instaurará unas nuevas relaciones de rango.

§ 20 (p. 71). Se puede integrar en el concepto de trabajo el concepto prusiano del deber. El heredero del prusianismo es el deber. La amplitud del proceso de libertad depende de la relación del trabajador con el poder.

§ 21 (pp. 72 a 73). El grado de legitimación determina el grado de dominio que la voluntad puede alcanzar. Se da el nombre de dominio “a una situación tal que en ella el espacio ilimitado de poder está referido a un punto desde el cual ese espacio de poder aparece con espacio de derecho. Porque la mera voluta de poder no posee legitimación.

§ 22 (pp. 73 a 76). Al igual que no hay libertad abstracta, no hay poder abstracto. El poder en su signo de existencia, y no hay medio de poder en sí. El poder del trabajador requiere una táctica nueva, una toma del poder, detentando los medios del poder. Porque el poder no es “una magnitud que pueda ser ‘tomada’ en algún lugar del espacio vacío o con la cual logre poner en relación, a su antojo, una nada cualquiera” (p. 74).

Es indudable que el trabajador ocupa una posición decisiva y eso es algo que cabe inferir del hecho de que hoy todas las magnitudes que poseen voluntad de poder trata de ponerse en relación con él.

Pero el trabajador “no se ha concebido todavía a sí mismo en su modo diferente de ser en su alteridad” (p. 75). De ahí que “dentro del mundo del trabajo el poder no pueda ser otra cosa que una representación de la figura del trabajador” (p. 75).

§ 23 (pp. 76 a 79). La técnica es, aparentemente, una esfera neutra, “una esfera de validez universal, que admite fuerzas cualesquiera” (p. 76). La expresión ‘marcha triunfal de la técnica’ es un residuo de la terminología de la Ilustración. No hay una técnica en sí, como tampoco hay una razón en sí, cada vida tiene la tacaña que a ella le resulta adecuada.

“La ‘técnica de las máquinas’ como el símbolo de una figura especial, la figura del trabajador” (p. 77). Por eso la resistencia a la penetración de las formas de la técnica en el trabajo fue especialmente enérgica en los sitios donde todavía se conservaban la estratificación social del movimiento burgués: caballeros, sacerdotes y campesinos.

La técnica implementada en la agricultura fomenta en tránsito del agricultor a la condición de trabajador, en la medida en que se sirve de la técnica para la consecución de sus objetivos. Y, por ello, se enfrenta a un dilema, o es representante de la Figura del trabajador, con el empleo de estas técnicas, o perece en el mantenimiento de su caballo de sangre en vez de el de vapor para arar.

Por trabajador no ha de entenderse, ni un estamento en el sentido antiguo, ni una clase en el sentido en que lo concibió la dialéctica revolucionaria del siglo XIX. Porque las reivindicaciones del trabajador trascienden las reivindicaciones estamentarias.

En especial, “jamás se llegará a unos resultados verdaderamente limpios mientras se identifique al trabajador en general con la clase de los trabajadores industriales, con los ‘obreros’. Pues eso significa contentarse con una de las manifestaciones de la figura, en su lugar de ver la figura misma” (p. 78). Es cierto que cabe ver en el trabajador industrial “un tipo especialmente endurecido cuya existencia ha contribuido de manera principalísima a hacer patente la imposibilidad de seguir viviendo dentro de las viejas formas. Pero el hacerlo intervenir en el sentido de una política de clases de viejo estilo equivale a descartarse en resultados parciales cuando de lo que se trata es de decisiones últimas” (p. 80).

§ 24 (pp. 79 a 80). La lucha por el poder dentro de los Estados se pone en relación con el trabajador.

§ 25 (pp. 81 a 82). En el ser humano está comenzando a apuntar una figura. Figura que está más allá de dialéctica, y que para su apreciación debe liberarse de las apreciaciones parciales.

§ 26 (pp. 83 a 84). Para apreciar la figura del trabajo es necesario liberarse del pensamiento de la evolución, así como del pensamiento psicológico y moral. Porque una figura es, y no se somete a la evolución. La evolución marca, si acaso, los aspectos de su contenido dinámico. Por eso la historia de la evolución de la figura no es la historia de la figura. No puede, en fin, apreciarse la figura apreciando su evolución histórica o su componente moral o psicológico.

“La historia es la tradición que un poder victorioso se otorga a sí mismo” (p. 83). Es necesario construir una historia nueva a partir de la figura del trabajador.

Lo que antes hemos definido como ‘realismo heroico’ es la actitud propia ante una generación nueva.

§ 27 (pp. 84 a 86). El valor. La figura del trabajador no guarda relación con los valores, no posee cualidad ninguna, atributo ninguno. Vivimos en un tiempo en que es difícil decir qué cosas merecen aprecio. Un orden jerárquico no es reemplazado por otro inmediatamente. En la evolución es necesario “cruzar un punto desde el cual la nada aparece más apetecible que todas las cosas en las que habite todavía la más mínima posibilidad de duda” (p. 85).

*Segunda parte*

§ 28 (pp. 89 a 94). A una figura nueva le corresponde un principio nuevo. Al trabajador el trabajo. En él (en el trabajo) se instalan los métodos y los medios cuyo manejo se reconoce a los representantes de un poder. Si el trabajador es un tipo humano nuevo, el trabajo es un modo nuevo de vivir.

Un principio nuevo no puede catalogarse con categorías antiguas. Por eso para ver un “vocablo ‘nuevo’” es necesario disponer de unos ojos nuevos. El trabajo no es moral, no es economía, no es técnica, no es actividad. Es un ser especial “que intenta llenar su espacio propio, henchir su tiempo propio, cumplir sus leyes propias” (p. 90). El trabajador siempre se reconoce como tal y siempre es reconocible, al igual que Robinson Crusoe siempre fue un burgués, incluso en la isla.

El espacio en el que se desarrolla el trabajo es limitado, al igual que la jornada. Pero lo contrario del trabajo no es el descanso o el ocio, porque no hay ninguna situación que no sea concebida como trabajo. Lo característico de la nueva visión de una auténtica Figura es su tendencia a la totalidad, como sucede con otras ciencias: física, biología y psicología. Porque lo contrario a trabajo no es ni ocio ni descanso. Y esto se aprecia muy gráficamente con la práctica del deporte, que exige una perseverancia característica del trabajo.

El trabajo que es un modo de vida para el trabajador y un principio que se manifiesta estéticamente como un estilo. La conciencia de clase es uno de los resultados del pensamiento burgués.

Quien desee que dominen las fuerzas productiva ha de ser capaz de formarse una idea de la producción real y efectiva.

El Estilo es aquello por lo cual se tornan visibles las líneas nuevas.

§ 29 (pp. 94 a 96). La situación en la que nos encontramos esta lejos de garantizar una seguridad nueva y un orden jerárquico nuevo. Pero hay que tener “un grado altísimo de escepticismo bélico” (p. 95). Esencialmente porque no podemos agarrarnos al pasado y no podemos asir el futuro.

§ 30 (pp. 97 a 99). El mundo actual que ha abrazado la democracia ha prescindido del “liberalismo”, lo que se sigue de esta situación es una igualdad notable y peligrosa de los seres humanos. “Peligrosa” porque ha perdido las seguridades que proporciona la articulación antigua.

“El movimiento se ha apoderado de toda actividad en cuanto tal” (p. 98). Y se proyecta en los campos de cultivo, en las minas y en los diques de agua. “El movimiento está trabajando, en millares de variantes, tanto en el más pequeño los bancos de taller com en las grandes zonas de producción” (p. 98). “No hay un solo sitio, por muy remoto que sea, en el

cual no esté martilleando, accionando o emitiendo señales el movimiento” (p. 98). Está presente tanto “en los sitios donde los seres humanos piensa y actúan como en los sitios donde combaten y donde se divierten” (p. 98). Y en el movimiento apunta el lenguaje propio del trabajo. La esencia de ese lenguaje hay que buscarla en lo mecánico.

§ 31 (pp. 99 a 106). Para ver al ser humano se necesita un esfuerzo especial, y esto es raro dada la característica de masa con la que se manifiesta hoy día el humano. El concepto de libertad burguesa “está comenzando de alguna manera a volverse ridícula” (p. 100).

La persona singular está invadida por la masa. Nuestro tiempo ha reducido al mínimo las diferencias entre las personas singulares. La gente tiene “predilección especial por el uniforme, por el ritmo de los sentimientos, de los pensamientos y de los movimientos” (p. 100). Se ha ido perdiendo casi todas las huellas de la articulación por estamento, y el público se asombra cuando se utilizan ritos estamentales, atuendos o costumbres, excepto si son para el “atavismo de las fiestas” (p. 101).

De la organización estamental ya no quedan sino vestigios. Ya es difícil diferenciar a los individuos por clases o castas, o profesiones. Y esto lo ha conseguido el liberalismo con sus principios: el sufragio universal, el servicio militar obligatorio, la enseñanza general obligatoria, la movilización de los bienes raíces... hace que “todo seguid esforzándose en ese sentido y con esos medios aparezca como un mero jugueteo” (p. 102).

También se están limando las diferencias entre las profesiones. Aunque parece que hay una multiplicidad de profesiones. Existe una gran diferencia en la forma de organizar el trabajo. Se aprecia, por ejemplo, en la forma en que los antiguos gremios adjudicaban el trabajo y cómo se distribuye ahora. Antes era una magnitud estable y divisible, ahora es una función que se pone en relación con otras funciones. Por eso ahora hay actividades que nunca se pensaron que pudieran ser trabajo, como por ejemplo el fútbol, lo que agrieta el carácter total del trabajo.

En definitiva, hay una intensificación, un crecimiento, una fragmentación y una división del trabajo por áreas especiales.

El concepto de producción personal está comenzando a experimentar cambios profundos. Y la explicación se encuentra en que el centro de gravedad de la actividad productiva se está desplazando del individuo al carácter total del trabajo. Y hay que sumar el concepto del anonimato, el trabajador anónimo, porque “sea cual sea la dirección a que vuelvas los ojos, siempre ven un trabajo que es efectuado en ese sentido anónimo” (p. 103).

El invento científico y avance técnico.

La relación entre sexos y su tendencia a la homogeneización es una muestra del fenómeno de disolución del individuo.

“Lo que aún no es posible vislumbrar en toda su amplitud, bajo el confusiónismo de los debates jurídicos y médicos, es la posibilidad de irrupciones nuevas, temibles, del Estado en la esfera privada; están a punto de llegar, bajo la máscara de la asistencia sanitaria y social” (p. 105).

§ 32 (pp. 106 a 108). La muerte del individuo y la muerte de la persona singular.

§ 33 (pp. 108 a 111). Se ha modificado la relación con la muerte. La fuerza de combate de la persona singular no es un valor individual, sino un valor funcional. El carácter total del trabajo se expresa en un sinnúmero de modos especiales de lucha. El grado de moralidad del combate tiene una ley fundamental a lo largo del tiempo: matar el enemigo se identifica cada vez más con el carácter total del trabajo. Hacia el final de la guerra resulta más difícil distinguir tropa de oficiales, dado “el carácter total del proceso de trabajo” que “borra las diferencias de clase y de estamento” (p. 110).

§ 34 (pp. 111 a 115). “Los movimientos de la masa han perdido su magia irresistible en todos aquellos sitios donde se les ha opuesto una actitud verdaderamente resuelta” (p. 112). “Hoy la masa no es ya capaz de atacar; más aún, ni siquiera es ya capaz de defenderse” (p. 112).

“En lo esencial está acabado el papel de los partidos políticos de viejo estilo en su calidad y en su tarea de formadores de masas” (p. 113).

§ 35 (pp. 115 a 116). Un nuevo tipo humano del siglo XX. Que surge en el interior de formaciones que llamaremos “construcciones orgánicas” (p. 115). Su característica esencial es que en ellas se hace visible el carácter especial del trabajo, “el modo y manera en que encuentra su expresión organizativa la figura del trabajador - el modo y manera en que esa figura introduce orden y diferencias en las realidades vivientes” (p. 115).

Existe una diferencia entre la participación ideológica y la participación sustancial, la misma que hay entre la participación en un partido político y un sindicato. Y esta diferencia es la que permite elevar el rango del sindicato a la de construcción orgánica, mientras que eso no es posible con un partido político.

“Uno de los empeños del siglo XIX es el que aspira a transformar todas las relaciones posible en relaciones contractuales rescindibles, de conformidad con la concepción fundamental de que la sociedad surgió por un contrato” (p. 116). Por es “la huelga, el cierre patronal, la aplicación explosiva del despido como medio supremo de la lucha económica forman parte obviamente de los procedimientos sociales del siglo XIX, con la misma obviedad con que tales cosas resultan inadecuadas al riguroso mundo de trabajo del siglo XX” (p. 116).

§ 36 (pp. 117 a 122). El trabajador se presenta con una cierta uniformidad, lo que se concreta en una rigidez y un cierto vacío. La máscara de la vida diaria. El traje burgués, que se había mantenido inalterable durante años parece, de alguna manera, absurdo en relación con las máscaras que visten los trabajos: máscaras antigás, para cubrir los rostros de los deportistas, los corredores de fórmula uno. El traje burgués tenía reminiscencias estamentales. Por eso se reproducen viñetas de estos trajes: el hábito de los frailes, la toga de los jueces, la sotana de los curas, en las revista satíricas, para hacer ver que quienes los llevan no están en este mundo, pertenecen a otros mundos. Por eso la indumentaria estamental se reserva para un uso interno o para ocasiones extraordinarias.

Es sintomático que la inscripción en los registros de los hitos esenciales de la vida se realicen siempre ante funcionarios vestidos con uniforme estamental, con ropa burguesa. A principios de siglo la degradación del modo de vestir de las masas corre paralela con la degradación de la fisonomía individual. El traje burgués se ha convertido en traje civil o de paisano, traje que no se encuentra en donde el trabajador se dedica a trabajar. En estos sitios, en los sitios de trabajo, se viste de uniforme, diferente al traje burgués, porque el combate y el trabajo son idénticas realidades.

La evolución del traje militar muestra claramente la evolución del traje burgués al traje de trabajo, sobre todo porque se ha eliminado la diferencia entre el traje de guerra y el de paz.

La indumentaria de trabajo no es una vestimenta estamental, entre otras razones porque el trabajador no es un estamento.

“El proletario es el representante de un concepto económico-humanitario muy elástico” (p. 121), y hay que concebirlo como un individuo suficiente y pasivo.

El domingo es una “habitación de gala” (p. 122). Un concepto del que el ser humano se separa de mala gana. Pero donde se viste de forma singular.

§ 37 (pp. 122 a 125). El arte, la pintura y el escándalo que supuso los primeros retratos impresionistas. Sobre todo por el proceso de descomposición figurativa con la que se expresa, que va a más con el paso de los años, “para alcanzar las fronteras del nihilismo” (p. 123). Retratos fotográficos, de antes y de ahora. Antes tenía mucha mayor individualidad que ahora. Existe una degradación individual y social que es apreciada tanto por el retrato artístico como por el fotográfico.

§ 38 (pp. 125 a 130). El cine. Y el ocaso del teatro clásico, pues las piezas teatrales han perdido su conexión con la vida real y efectiva. Teatro burgués servido por un actor que dibuja claramente la diferencia entre escenario y espectador, frente al teatro como instrumento de educación

general, como empresa económica.

En el cine no es sustancial el aparataje técnico, los aparatos. La calidad y el valor comercial de las cosas se identifica, y la publicidad contribuye a ello. Lo que se presupone como calidad es una marca, un modelo construido en serie.

La publicidad, el valor comercial y la calidad. El teatro y la promesa de ejecución única como vivencia única, que es la vivencia única de la novela burguesa, interpretada por un amor único que es el representante del individualismo burgués.

§ 39 (pp. 130 a 131). El “realismo heroico” es un lenguaje nuevo, y lo que importa es dominarla. La crítica, la duda incondicional, y el trabajo incansable han hecho madurar una observación tranquila, para llegar a una conclusión: los seres humanos son significativos allí donde no son problemáticos.

El automatismo del trabajo es aburrido y a la vez sencillo.

§ 40 (pp. 132 a 135). Constituye una pérdida la mengua de individualidad. El Tipo del trabajador invoca un presente diferente, un espacio diferente y una ley diferente. Y lo que le hace trascendente es su mera existencia, sin estar sometido a comparación alguna. Lo característico de la sociedad es la nivelación a la que se encuentran sometidos los seres humanos, circunstancia que comienza “con la demanda de igualdad de todos los que llevan un rostro humano” (p. 133).

El individuo económico ocupa el centro de las consideraciones económicas, “bien como el portador de la producción o bien como el órgano de la iniciativa, dentro de una evolución progresiva que ahora aparece como la férrea ley económica de la competencia” (p. 134).

El empleo de un determinado concepto de la propiedad otorga al individuo económico una gran potestad dispositiva sobre los bienes que carece de responsabilidad para el pasado y para el presente.

El individuo puede ser visto en el sistema judicial con igual a la ley o como un caso de excepción. Eso explica la preeminencia que tiene en lo jurisdiccional los informes psicológicos y los peritajes médicos.

§ 41 (pp. 135 a 139). El objetivo de la actividad pedagógica del burgués sobre el trabajador consistió en hacer de él un portador de un orden jerárquico específico, en “hacerlo participar decisivamente en la continuación de la vieja discusión” (p. 136).

“La masa es algo que por su propia esencia carece de figura; de ahí que sea suficiente la igualdad puramente teórica de los individuos, los cuales son los sillares con que se construye el edificio de la masa” (p. 136).

El afán de uniformidad en lo espacial corresponde la predilección del ritmo y de la repetición en lo temporal, lo que “conduce a esfuerzos

tendientes a ver imágenes enteras del mundo como repeticiones rítmicas y regulares de un mismo y único proceso fundamental” (p. 137).

La noción de infinito comienza a experimentar modificaciones, pues aparece con cifras que intentan abarcar tanto lo infinitamente grande como lo infinitamente pequeño.

La cifra y la ordenación alfabética son mecanismos de ordenación de la masa. La firma y la empresa comercial sustituyen al nombre del empresario constituyendo su garantía esencial, especialmente significativa en publicidad.

El afán de expresar en cifras todas las relaciones lo constituye la estadística. Lo esencial de ella es que se atribuye a la cifra el valor de prueba.

El récord, como la valoración en cifras de un rendimiento humano o técnico, y se erige en “una voluntad de investigar permanentemente la energía potencial” (p. 139).

§ 42 (pp. 139 a 141). Participamos en el mundo en la medida en que estamos integrados en él, no en la medida en que nos enfrentamos a él. El individuo se instala en dos polos: felicidad y sufrimiento.

El morir se ha simplificado. La diferencia entre un accidente técnico y un fenómeno de la naturaleza revelan diferentes formas de morir. Un ejemplo: la embriaguez sobria de la velocidad.

La diferencia entre un duelo entre dos contendientes y una batalla entre dos ejércitos. Y surge el concepto de “zona de aniquilación” que es “creada por el acero, por el gas, por el fuero o por otros medios, en los cuales están incluidas también las actuaciones políticas y económicas” (p. 141). En este escenario las discusiones jurídicas adquieren un carácter eminentemente propagandístico. En la guerra todo tiene un sentido bélico, incluso aquellos aspectos que no tienen relevancia individual como tal: los alimentos, por ejemplo.

§ 43 (pp. 142 a 146). En la economía y para las demás cuestiones rigen las leyes de la guerra: entre los combatientes y los no-combatientes.

El concepto de libertad individual ha cambiado. Ahora la libertad consiste en el grado en que en la existencia de esa persona singular se expresa la totalidad del mundo en que ella está integrada. La libertad y la obediencia. “El hecho de que hoy se opine que la dictadura, en todas sus formas, es cada vez más necesaria no es sino un símbolo de esa necesidad que se siente. Pero la dictadura es únicamente una forma transitoria. El tipo no conoce la dictadura, ya que para él son idénticas la libertad y la obediencia” (p. 143).

La figura del trabajador moviliza el conjunto humano sin establecer diferencias de razas.

El rendimiento es objetivo y es la manifestación del poder, que se somete a criterios determinables. El trabajador es reconocible en todos los países, con independencia de la profesión que ejerza. Son características comunes, manifestaciones del tipo.

El soldado anónimo como fenotipo del trabajador, que encarna las virtudes propias: coraje, espíritu de sacrificio y disponibilidad. Su virtud máxima como miembro del tipo es que es sustituible. Y el metro por el que se mide al soldado es su rendimiento objetivo, “la prestación sin palabrería” (p. 145).

§ 44 (pp. 147 a 148). “El técnico es sin duda el representante del carácter especial de trabajo” (p. 147). El especialísimo desenfrenado.

El hombre está fijado a la técnica de modo mediato, no inmediato. “La técnica es el modo y manera en que la figura del trabajador moviliza el mundo” (p. 148).

La técnica es el lenguaje que está vigente en el espacio del trabajo.

§ 45 (pp. 148 a 151). En la guerra no se enfrentan (sólo) dos naciones, sino más propiamente dos edades, una de las cuales, la naciente, devora a la que va hundiéndose.

La guerra ha hecho sucumbir a la monarquía, tanto si pertenece a los países ganadores como perdedores, tanto si se extendía a un gran territorio o a un espacio pequeño, tanto si se ejercía de modo imperial o meramente como monarquía constitucional. Y con ello ha sucumbido también “los últimos privilegios estamentales que la aristocracia había conservado” (p. 150). También sucumben los cuerpos de oficiales que el burgués, al ser incapaz de empuñar un arma, había instituido para la conservación del status quo.

“Esto cambia en la edad del trabajador, al cual le es dado tener una relación elemental con la guerra y que por ello es capaz de representarse bélicamente a sí mismo con sus propios medios” (p. 150).

La guerra mundial evoluciona hacia una revolución mundial. Y las posibilidades de llevar una vida burguesa van reduciéndose cada vez más, cada día más. Fenómenos característicos de nuestro tiempo es la pérdida de seguridad y la disolución del individuo, así como en la ausencia de fuerzas generadoras. Porque la figura del trabajador destruye todos los vínculos que le son ajenos, también, por tanto, los vínculos propios de la burguesía.

§ 46 (pp. 152 a 155). “La técnica, esto es, la movilización del mundo por la figura del trabajador, es la destructora de toda fe en general, y, por tanto, el poder anticristiano más resuelto que ha surgido hasta ahora” (p. 152).

Cuanta más técnica haya, más rápido será el proceso de secularización.

El burgués carece de sentido cultural, como carecía de espíritu guerrero.

La guerra ha demolido la auténtica iglesia, aquella que adoraba el progreso. “En el espacio burgués la técnica aparece, en efecto, como un órgano del progreso, un órgano que tiende a la realización plena de lo racional y lo virtuoso” (p. 153). Por eso se vincula siempre la técnica con valores relacionados con el conocimiento y el virtuosismo. Ahora bien la técnica puede estar al servicio del transporte de viajeros o de guerreros, al igual que las investigaciones químicas sirven para fertilizar la tierra o para favorecer la explosión de metralla.

El burgués pretende apropiarse de la guerra, entendiendo que es una forma de civilización por excepción. El objetivo de estos medios no es la victoria, sino la liberación de los pueblos.

La burguesía ha sido incapaz de emplear la técnica como un medio de poder ordenado a su propio existir. “La situación resultante no es un orden nuevo del mundo, sino un reparto diferente de la explotación” (p. 154).

El resultado más importante de la guerra ha sido el hundimiento y desaparición de la clase dirigente. Porque ha quedado cada vez más claro que lo que muestra la guerra es la impotencia de las viejas formaciones. Las fuentes de energía reales y efectivas no es el progreso, sino el dominio.

§ 47 (pp. 155 a 159). La guerra pone al descubierto el carácter de opote que habita en la técnica. El resultado invisible de lo bélico consiste en la movilización del mundo por la figura del trabajador. El ser humano cuando se enfrenta con la técnica o bien se adapta, o bien perece.

La técnica no es un poder neutral, aunque aparenta neutralidad. Detrás de esa neutralidad se esconde una lógica misteriosa y seductora con que la técnica sabe ofrecerse a los seres humanos. Se ha pactado una paz con la técnica.

La distinción entre campo y ciudad sólo perdura en el ideal romántico, porque la libertad del campesino no es diferente que la libertad de cualquier urbano. Es una de las últimas ofensivas contra las relaciones de índole estamental. Quien se sirva de los medios técnicos experimenta una pérdida de su libertad, un debilitamiento de su ley vital. Es indudable que se experimentará una ventaja técnica, una mayor comodidad, pero siempre a costa de perder independencia. “La marcha triunfal de la técnica deja tras sí una ancha estela de símbolos destruidos” (p. 157). Hay un lado destructor en ese proceso, una anarquía, la que rompe las tradicionales reglas de relación entre los símbolos anteriores.

La técnica es nihilista, pues su ofensiva se extiende al conjunto de relaciones y no hay valor alguno que pueda oponerle resistencia. El poder utiliza la técnica. Y “en la técnica vemos nosotros el medio más eficaz de

la revolución total, su medio más indiscutible” (p. 159).

La raza que hable el lenguaje nuevo (en su aspecto elemental) de la técnica será el tipo nuevo. Pero este tipo humano nuevo está moviéndose hacia un punto central.

§ 48 (pp. 159 a 161). El trabajador es el centro del proceso destrucción y de movilización del proceso técnico. El progreso de la técnica conlleva un aprecio exagerado de la evolución. Se produce una sustitución de la religión por el conocimiento, el cual asume el papel de Redentor. La técnica tiene el rol de liberar al ser humano de la maldición del trabajo. El conocimiento se presenta como un creador por generación espontánea. El progreso del conocimiento pretende proyectar la edad racionalista hacia la infinitud, de tiempo y de espacio. Sin embargo el intelecto es incapaz de conocer fuera de los parámetros de espacio o tiempo.

Sin el espacio y el tiempo como parámetros de pensamiento el espíritu se precipita hacia el abismo, por lo que el pensamiento como un instinto de autoconservación crea la noción de infinitud. Y esta creación de infinitud es una muestra de progreso.

§ 49 (pp. 161 a 165). El mundo técnico no es un área de posibilidades ilimitadas. Las formas de nuestro paisaje son modeladas constantemente, por eso carecen de estabilidad. y son modeladas constantemente por una inquietud dinámica.

En medio de este paisaje discurre la vida de la persona individual. La profesionalidad es una característica de los tiempos. Las ciudades hoy, o son museo, o son fragua. “La gente evita los propósitos accesorios, como el del gusto, por ejemplo, y eleva al rango decisivo los planteamientos técnicos de los problemas” (p. 162). Los instrumentos van ganando precisión, univocidad y sencillez. La situación de perfección se alcanzará en el momento en que se haya adquirido esa precisión total. La complejidad en los instrumentos es característica de los estadios previos de la técnica, la sencillez de su evolución hacia la perfección.

“La técnica aparece como la sirviente de los grandes planes, con independencia de que éstos se refieran a la guerra o a la paz, a la política o a la investigación, al tráfico o a la economía” (p. 164).

§ 50 (pp. 165 a 168). La cuestión consiste en vislumbrar qué va a suceder cuando la situación dinámica explosiva de la técnica que padecemos hay sido revelada por una situación de perfección. Perfección y no consumación o acabamiento.

Los sacrificios. Nuestro tiempo es abundante en mártires desconocidos, y la virtud que lo proyecta es ‘el realismo heroico’.

“La perfección de la técnica no es otra cosa que una característica de la clausura de la movilización total en que nos hallamos inmersos” (p. 166).

El progreso consigue elevar la vida a un nivel más alto de organización, pero no se consigue alcanzar un nivel más alto de valor.

La perfección de la técnica conlleva el relevo de un espacio dinámico y revolucionario por un espacio estático y sumamente ordenado.

“El modo de vivir se asemeja, antes bien, a un mortal carrera de competición en la que les menester poner en máxima tensión todas las energías para no quedar tirado en el camino” (p. 167). Este devenir es enigmático y bajo él están ocurriendo cosas asombrosas bajo la despiadada máscara de la economía y la competitividad. El resultado es que no hay actividad en la que pueda alcanzarse una maestría completa: todos somos meros aprendices.

§ 51 (pp. 168 a 170). La perfección de la técnica es uno de los símbolos que confirman que se ha llegado al final. Sólo el espacio técnico total hará posible un dominio total.

§ 52 (pp. 170 a 173). La utopía técnica. Una constancia de la economía planificada es una constancia del modo de vivir. En la economía hay un grado de competencia en los que nadie gana. “Estamos viviendo en unas situaciones en las que ni el trabajo ni la propiedad ni las fortunas son rentables y en las eu las ganancias disminuyen en la misma proporción que aumentan las ventas” (p. 171). De ello da testimonio el empeoramiento del nivel de vida de los trabajadores. La producción carece de estabilidad, por eso no tiene previsiones a largo plazo. “Una competencia desmesurada aplasta indistintamente tanto a los productores como a los consumidores” (p. 171).

La publicidad, la creación de necesidades y su influencia en el sistema crediticio. La gente vive a plazos “es decir, en las que la existencia económica se presenta como el ininterrumpido reembolso de préstamos mediante un trabajo hipotecado por anticipado” (p. 172).

Estamos en una situación en las que “por mucho que se mejore y multiplique el arsenal técnico, y sea cual sea el modo en que se haga: la consecuencia habrá de ser el encarecimiento del pan” (p. 173).

No hay una economía ordenada, en el sentido de que tenga una relación entre los gastos y los ingresos susceptibles de cálculo.

§ 53 (pp. 173 a 177). “El grado supremo de la construcción presupone la terminación, la clausura de la fase dinámico-explosiva del proceso técnico” (p. 174).

La construcción y los medios de cada época para edificar iglesias. Ejemplo: la Sagrada Familia de Barcelona, que engendra un desatino romántico. Deben adecuarse los medios que se emplean al tipo de construcción. Por ejemplo, el hormigón es claramente un material anticristiano, típico de talleres.

“El más horrendo de todo los aspectos que ofrece el burgués es el modo en que se hace enterrar” (p. 176).

“La técnica es la movilización del mundo por la figura del trabajador” (p. 176).

§ 54 (pp. 177 a 180). La perfección no produce dominio, sino que es algo que hace efectivo el dominio. “La técnica es un instrumento del progreso”, es decir, “es el instrumento de un orden racional-moral del mundo” (p. 177). Pero “la técnica no es un instrumento del progreso, sino un medio para la movilización del mundo por la figura del trabajador” (p. 177). La tarea de la técnica es “hacerse apropiada para servir a un poder que es el que en última instancia decide de la guerra y de la paz y, con ello, de la moralidad o la justicia de esas situaciones” (P. 178).

La decisión de la guerra o la paz se resuelve cuando se encuentran en un punto el poder y el derecho.

El Siglo XIX formó su idea de nación teniendo presente la concepción del individuo: una nación es un individuo grande que están sometidos a una ley moral en sí.

La Sociedad de Naciones tiene un problema: su “vigilancia ficticia sobre unos espacios enormes de derecho se halla en extra desproporción con las dimensiones de su potestad ejecutiva” (p. 179). Se ha producido por ello un “daltonismo humanitario” (p. 179). Por eso “a la identidad del poder y el derecho no es posible acceder con la mera ampliación de los principios propios del siglo XIX” (p. 180).

§ 55 (pp. 180 a 183). Tendencia a acaparar el aparato técnico de poder como si de un monopolio se tratase. La monopolización de los medios va en contra del Estado liberal, porque no se puede prescindir de la competencia. En el espacio liberal el ideal es la superioridad encuentra, no manifestada. Por eso quien garantiza la situación general es el competidor más débil. “La técnica es el modo y manera en que la figura del trabajador moviliza y revoluciona el mundo” (p. 181). Hoy en día “existe sólo un espacio realmente revolucionario: el definido por la figura del trabajador” (p. 182).

§ 56 (pp. 183 a 186). “La posesión de los medios técnicos presenta un trasfondo traicionero en todos aquellos sitios donde su portador es un dominio que no se le adecua” (p. 183). “Cuanto más se incrementa la especialización del material tanto más se reducirá el lapso de tiempo en que podrá empleárselo con eficacia” (p. 183).

El ser humano no es bueno, ni malo. Es bueno y malo, y “no hay ninguna cosa de la que el ser humano no sea capaz” (p. 185). “No son preceptos morales, sino leyes, lo que determina la realidad” (p. 185). “El dominio, es decir, la superación de los espacios anárquicos por un orden nuevo, es

posible hoy tan sólo amo una representación de la figura del trabajador que reclame una validez planetaria” (p. 185). Revolucionario es el hombre “que no puede ser absorbido por ninguno de los órdenes sociales y nacionales tradicionales sin que ello produzca contradicciones” (p. 186).

§ 57 (pp. 186 a 187). Es un error ver a la técnica como un sistema causal encerrado en sí mismo. “Ocuparse de la técnica es una actividad que sólo merece la pena en aquellos sitios donde reconocemos en ella el símbolo de un poder perteneciente a un orden superior” (p. 186).

§ 58 (pp. 188 a 190). Relaciones con el valor. Se suele realizar por comparación. Y en ello juega especial significación el tiempo, pasado, presente o futuro. Existe un tiempo astrológico, pero hay más tiempos... Lo que importa es la mirada que sepamos proyectar sobre el tiempo. La crítica y su juicio sirve para el tiempo al que pertenece la crítica misma.

§ 59 (pp. 190 a 193). Vivimos en un mundo que se parece a un taller y se asemeja a un museo. “La actividad museística no representa otra cosa que uno de los últimos oasis de la seguridad burguesa; proporciona la escapatoria más plausible en apariencia para poder sustraerse a la decisión política” (p. 191). “Estamos viviendo en un período de la historia en el que todo depende de una movilización y concentración enormes de las fuerzas productivas” (p. 192).

Nos encontramos en una época en la que la anarquía oculta el espejismo de unos valores que han perdido vigencia. Aunque la situación es necesaria, porque garantiza la putrefacción de los órdenes antiguos, cuyo ímpetu se ha demostrado insuficiente.

§ 60 (pp. 193 a 195). Hoy es necesario la afirmación y el triunfo. Y se sabe también cuáles son las tareas a las que supeditar las especies de la producción. Lo que importa no es el modo de vivir, sino darle un sentido supremo, decisivo. Sería conveniente que el gobernante viviera con propósitos similares a los soldados o a los monjes, que viven con su pobreza propia.

“Nos hallamos en el comienzo de una reordenación de las grandes formaciones de la vida” (p. 194). En las que no se puede prescindir de la especialización. Los esfuerzos parciales o especiales deben ser vistos como una parte del esfuerzo total. Ese esfuerzo total es el trabajo. Y “hasta que el trabajo no haya sido elevado a un rango metafísico muy amplio y hasta que esa circunstancia no hay encontrado su expresión en la realidad del Estado, hasta que no ocurran esas cosas no podrá hablarse de una ‘edad del trabajo’ ” (p. 194).

Debemos ser conscientes de la necesidad de administrar tanto el espacio como el tiempo. Así se adquirirá un sentimiento de superioridad y una conciencia de originalidad de la que carece el burgués. Por eso suele éste

atribuirse los méritos históricos. El trabajador en cuanto tipo posee cualidad de raza.

§ 61 (pp. 195 a 199). Sólo una clase dirigente fuerte y considerada puede crear un corte que sea lo suficientemente profundo como para libertarnos de los viejos órdenes. Y tanto mejor caminará esa clase dirigente cuanto menor cultura (al uso) tenga. “Por desgracia la edad de la enseñanza general nos ha privado de una solida reserva de analfabetos” (p. 196). La esperanza reside en la nueva relación que con lo elemental que le es dada al trabajador. “Así como es el vencedor quien escribe la historia, esto es, quien se crea su propio mito, así también es él quien determina qué es lo que ha de tener vigencia como arte” (p 196).

Pero aquí no se trata de un cambio de estilo, sino del surgimiento de una nueva figura diferente.

La producción gana libertad. Pero libertad no es sinónimo de autonomía. El trabajador no tiene una fe menor, sino diferente. Pero no puede darse relación alguna entre el alma cristiana y la figura del trabajador. El culto al genio que se produce en el siglo XIX, lo que conlleva que la historia del arte sea la historia de las personalidades, apareciendo la obra como un documento autobiográfico. Ello determina la vigencia de unos peculiares géneros artísticos.

El género de la escultura decae, como la arquitectura. Ambas están fuera de una sociedad compuesta por individuos.

La libertad por sí misma, en sí misma, no es suficiente.

El espacio también viene determinado por la figura del trabajador.

§ 62 (pp. 199 a 203). Es claro que sólo en estrecha relación con el trabajador podemos concebir un arte que sea representativo de la figura del trabajador. Por eso no la vida laboral y el ocio, o lo cotidiano y lo festivo “no pueden ser antítesis” (p. 199). Es el precio que ha de pagarse por llevar a la figura del trabajador más allá de todas. La significación del trabajador rebasa en grandísima medida la significación de una magnitud económica o social. Estamos en pleno combate, lo que conlleva, necesariamente, estar en predisposición creativa.

La “construcción orgánica” es la fusión entre las fuerzas orgánicas y las fuerzas mecánicas. La legitimidad del uso de los medios revolucionarios, y la proyección de las fuerzas hacia “planes amplísimos”, aunque limitados en los viejos estados nación. La configuración del paisaje y la necesidad de que el arte intervenga en la conformación de la figura del trabajador y los testimonios de una voluntad de crear paraísos terrenales.

§ 63 (pp. 203 a 208). La modificación del paisaje requiere un cierto aspecto destructivo. El hecho de que el paisaje se haya modificado para el patrón de libertad burguesa ha dejado unas “huellas de anarquía que en

todas partes van asociadas al mencionado concepto de libertad” (p. 204). La esfera privada no es capaz de hacer frente a las catástrofes naturales. Es difícil compaginarlo con el viejo concepto de libertad. “La concesión de subvenciones comporta necesariamente intervenciones en la economía y el modo de conducir la lucha de la competencia” (p. 205).

El Estado es el supremo maestro de obras. Pero la división entre la actividad constructiva privada y pública es cada vez menor.

Las variadas necesidades exigen de manera cada vez más apremiante soluciones de naturaleza total. El Estado es el encargado de satisfacer estas necesidades, y sólo él puede hacerlo.

El urbanismo ha sido uno de los elementos que con más determinación ha modificado el paisaje, difuminando la diferencia entre campo y ciudad. Una característica de este paisaje es que tanto los medios de transporte como los de comunicación tienen gran preeminencia.

El mundo de la técnica ayuda a la revolución que plantea la figura del trabajador.

“La violencia católica de la insurrección contiene ya en sí la severa norma de una legitimidad futura” (p. 208).

El dominio del trabajador y el superhombre.

§ 64 (pp. 208 a 212). La característica del dominio indiscutible e indubitable es la configuración unitaria del espacio. La renuncia a la individualidad se le presenta como un proceso de empobrecimiento del individuo. “En la enorme multiplicidad de formas que animan el mundo rige una ley estricta que intenta salvaguardar la impronta rigurosa y la constancia inviolable de cada una de esas formas” (p. 210).

§ 65 (pp. 212 a 215). Debe analizarse cómo la noción de individuo ha influido en el concepto de cultura. Es en el límite entre la ‘idea’ y la ‘materia’ donde acontece la producción creadora. El portador de la producción creadora tiene, al menos aparentemente, unas capacidades únicas, lo que le otorga un rango. Estas circunstancias han llevado al fenómeno, “al invento del genio artificial” al que le toca, apoyado en los medios de comunicación y la publicidad jugar el papel “de la persona singular significativa” (p. 212). Se produce un culto a este personaje, mediante “la instalación del personaje en la perspectiva individual” (p. 213). Esto se relaciona con el éxito del género biográfico, que muestra que ya no hay héroes sino personas individuales. Y la lucha, el gran combate se libra por las personas singulares, “en una lucha que se refleja en todos los problemas que las agitan” (p. 214).

§ 66 (pp. 215 a 219). Es un pensamiento actual creer que “sería posible una producción original si los medios específicos de este tiempo no le pusieran obstáculos” (p. 215). Ni la masa, ni el individuo están capacitados

par una dominación adecuada de los medios, esta dominación sólo es posible en la “fusión estrecha y sin contradicciones de la vida con los medios que están a su disposición” (p. 216).

La mano es el instrumento de los instrumentos. “En nuestro tiempo se dilapida un esfuerzo enorme en producir cosas que el esfuerzo por sí sólo no puede producir. Correlativamente nos encontramos con la inadmisibile pretensión de ver ya una producción en el puro esfuerzo, detrás del cual lo que a la postre hay es una voluntad de especificación a cualquier precio” (p. 216).

Cuando se cree en el dualismo entre el mundo y sus sistemas se peca de herejía. Y es en esta dualidad en donde brotan todas las envenenadoras antítesis del poder y el derecho. De dichas dualidades se está alimentando hoy “el inacabable dialogo dialéctico que termina en el nihilismo” (p. 217). Debe tenerse presente que la unidad del poder y el derecho no es una síntesis dialéctica, sino un proceso de naturaleza total.

Los medios han invadido todas las áreas de la vida. Pero “la vida está en relación con el único poder que hoy logra garantizar el dominio, a saber, la figura del trabajador” (p. 218).

§ 67 (pp. 219 a 223). Los “abogados” constituyen una “variedad de individuo que se ocupa en servirse de los recuerdos del Estado absoluto para atacar las formas de la democracia liberal” (p. 219). “El liberalismo viene manteniendo desde hace tiempo una especie peculiar de bufones de corte cuya tarea consiste en decirle verdades que han dejado de ser peligrosas” (p. 219).

Todas las fuerzas se supeditan a la lucha competitiva y a la del incremento de la velocidad.

§ 68 (pp. 224 a 227). “Son muchos los indicios que nos permiten advertir que nos encontramos a las puertas de una edad en que podrá hablarse otra vez del dominio real y efectivo, del orden y la subordinación, del mando y la obediencia” (p. 224). También se hace evidente tanto el repudio de la sociedad burguesa como la invocación del trabajador. La conspiración se dirige hacia el Estado, y el modo de hacerlo no consiste en delimitar la libertad sino en tratar de infundir un concepto de libertad para el cual el dominio y el servicio son sinónimos.

Siempre hay tentativas de apoderarse de este nuevo sentido y someterlo a los viejos sistemas de la sociedad burguesa. El juego consiste en entender que cada fuerza nueva es un socio de una negociación y el propósito de integrarla en un aparato que trabaja con negociaciones.

La sociedad burguesa se ha convertido en beneficiario del Estado, mediante la “democracia tardía” (p. 225). En este contexto “han prosperado magníficamente todos los poderes de la putrefacción, todos

los elementos decrepitos, extranjeros y hostiles” (p. 225).

La clave de bóveda del fenómeno consiste en apreciar cómo se efectúa “el relevo del dominio aparente del burgués por el dominio del trabajador” (p. 225).

La vía de lucha del trabajador tiene que ser “elemental”, es decir, alejada de la lucha por los conceptos, los órdenes y las reglas del juego del mundo burgués. Sólo así se quedarán “consumidas por el fuero todas las guaridas de las que en las horas de la máxima exigencia hace salir la tradición” (p. 225).

Cabe predecir un espacio en el que el burgués pretenda erigirse en beneficiario de la revolución. La continuidad del mundo burgués es la continuación de Europa, de la cristiandad. Para conseguirlo está dispuestos el burgués a aguantar “todas aquellas cosas que hasta ahora habían venido siendo el inagotable objeto de su ironía” (p. 225).

La fraseología nueva invoca programa de un nacionalismo revolucionario o de un socialismo revolucionario. “Dentro de poco no habrá ya ninguna magnitud política que no intente actuar innovando el socialismo y el nacionalismo” (p. 226). Pero la libertad que estos dos principios son capaces de crear no es naturaleza sustancial. Ello permite sospechar que de alguna manera intervienen en el juego de concepto burgueses.

Los principios del mundo del trabajo son el trabajo y la movilización.

“En este contexto el socialismo aparece como el presupuesto de una articulación autoritaria rigurosísima y el nacionalismo, como el presupuesto de unas tareas imperiales” (p. 227).

§ 69 (pp. 227 a 233). El socialismo y el nacionalismo poseen una naturaleza que es recuperativa y anticipadora. Ambos auguran la terminación de una edad, pero a la vez auguran una tareas nuevas y nuevos peligros en el camino hacia adelante. “En todos los grandes acontecimientos de nuestro tiempo se ocultan tanto los puntos finales de una evoluciones anteriores como los puntos iniciales de unos órdenes nuevos” (p. 227).

Después de la guerra del 14 es normal que una serie de pueblos, especialmente los ganadores, tratasen de entrar en posesión de esa libertad de movimientos que caracteriza la democracia nacional.

Son multitud las cuestiones que surgen de los conflictos nacidos en la universalización de la democracia nacional.

§ 70 (pp. 233 a 236). El socialismo ha estado hasta ahora complaciéndose en invocar su carácter internacional. Pero dicho rol no existe más que en teoría, porque hay otros actores que reclaman la internacionalizad con más razones: la nobleza, el capital, el clero... “La guerra encuentra un mayor alimento cuando uno de sus presupuestos es la decisión popular” (p. 233).

El socialismo aporta un trabajo de movilización con el que ninguna dictadura se atrevería siquiera a soñar.

La actividad educativa está esquematizada (p. 234). Y la enseñanza revolucionaria se encuentra incluida en actividades de todo tipo: “el deporte, las excursiones, el entrenamiento militar, la formación en el estilo de las universidades populares, todas esas cosas son ramas de la enseñanza revolucionaria”.

§ 71 (pp. 236 a 241). La legitimidad es el principio por el cual se puede acreditar la superioridad de las masas populares. Pero esa superioridad desaparece cuando la democracia nacional aparece como la forma ideal de funcionamiento de los pueblos.

“El estado de clases mantiene con la articulación estamentos una relación parecida a la que la monarquía constitucional mantiene con la monarquía absoluta” (p. 237). El socialismo “está tanto más vivo cuanto menos propenda su adversario a hacer concesiones” (p. 237). Es decir, el socialismo arraiga en donde exista un capitalismo robusto.

La difuminación de las fronteras entre el orden y la anarquía se expresan en las relaciones que experimentan los conjuntos organizados de masas, que ya no forman parte de las estructuras organizadas, sino que surgen espontáneamente.

§ 72 (pp. 241 a 244). Cuando la seguridad burguesa se siente amenazada es cuando se exigen medidas diferentes de aquellas que patrocina la democracia liberal. La restauración de la monarquía no es posible. “La democracia de trabajo se halla emparentada más estrechamente con el Estado absoluto que con la democracia liberal, de la que parece brotar” (p. 242). Esta democracia de trabajo se desarrolla en un campo de organizaciones diferentes al del estado absoluto pretérito. “En el tránsito de la democracia liberal a la democracia de trabajo se efectúa la ruptura por la cual se pasa del trabajo como modo de vida al trabajo como estilo de vida” (p. 243). Ello supone, sin más, que el dominio es ejercido por el trabajador.

§ 73 (pp. 244 a 245). La democracia del trabajo no puede desembocar de nuevo en el liberalismo. El paro es un fenómeno a tener en cuenta en esta sociedad del trabajo. Porque pertenece a una forma diferentes de riqueza, que el pensamiento burgués no puede alumbrar. Los hombres en paro constituye una fuente de poder. “Y al trabajador se le reconoce también en que es el único que posee la lleva de ese capital” (p. 235).

§ 74 (pp. 245 a 253). La democracia de trabajo modifica e influye en el conjunto de los efectivos humanos, en la medida en que no es oponible, sino acción. En esta democracia todos los instrumentos son necesariamente instrumentos de trabajo. “Esto es una manifestación

especial del hecho, perteneciente a un orden superior, de que la técnica es el modo y manera como la figura del trabajador moviliza al mundo” (p. 246).

Los Parlamentos pasan de ser órganos burgueses de la libertad a magnitudes del trabajo, es decir, una transformación de órganos de sociedad a órganos de Estado. Y también existe una modificación de la discusión social por una discusión técnica, así como una modificación de los funcionarios sociales por funcionarios estatales.

“De este contexto forma parte asimismo la desecación e esa ciénaga de la opinión pública en que se ha convertido la prensa liberal” (p. 247). Resulta cada vez más difícil separar los elementos que componen los periódicos, los textos de los anuncios, la crítica de la noticia, la parte política del folletín. La independencia que reclama la prensa como valor es una independencia similar a la que reclama el individuo del Estado burgués. Existe una relación entre la libre opinión y los intereses, como lo hay entre el soborno y la independencia. “La ofensiva contra la independencia de la prensa es una forma especial de la ofensiva contra el individuo burgués” (248). Y dicha ofensiva no la puede llevar a cabo el hombre burgués, sino el hombre nuevo. La censura es un medio insuficiente, pues una forma de individualismo. Pero la manera en que la opinión individual se forma se empieza a manifestar aburrido, porque hay una decadencia de la editorial y de la crítica, y un interés desmedido por los deportes, espacio en el que se desarrolla una menor distancia en el interés de los usuarios.

La conciencia moral del periodista se basa en la exactitud de sus informaciones, en relación con una “exactitud descriptiva”.

En el mundo actual hay otros medios de información: la radio y el cine, aunque estén destinados a unas tareas diferentes, porque “resulta evidente ya en una consideración superficial de esos medios que no pueden ser órganos de la libertad de opinión en el viejo sentido” (p. 250). Por eso no son instrumentos idóneos para desarrollar el papel de formación de opinión de un partido.

§ 75 (pp. 254 a 257). La democracia del trabajo no debe ser confundida con una dictadura, ni siquiera “donde se ha renunciado al empleo de medios plebiscitarios” (p. 254). La entrada del burgués y del trabajador en la entidad histórica se aprecia según exista legitimación de los medios de destrucción. El burgués opera con conceptos como razón y virtud. El trabajador debe buscar esos medios en otros lugares, apreciando la destrucción del estado burgués. De lo que se trata es de legitimar los medios técnicos que han movilizado al mundo, que se oponen al concepto burgués de libertad.

§ 76 (pp. 257 a 261). En la sociedad del trabajo en las democracias

liberales se produce una convulsión orgánica, pero intentando “sustraerse a las reglas de juego que se hallan vigentes en el espacio de la política liberal; ejemplos de esas reglas de juego son el libro comercio, las decisiones tomadas por mayoría en las conferencias, las determinaciones internacionales del cambio de moneda en unos criterios anticuados, y, naturalmente, también la herencia de contratos y obligaciones dejada por la democracia liberal” (p. 257). Una de las peculiaridades del estado liberal es que el ataque a la propiedad y su justificación se basa en parámetros éticos. En el mundo del trabajo no se plantea así la cuestión. Se analiza, sin más, si se puede integrar el hecho mismo en el plan de trabajo. No se trata de un asunto de moral, sino de un asunto de trabajo.

El estado liberal considera a la propiedad un hecho subordinado. El mundo del trabajo considera a la propiedad en la medida en que es capaz de contribuir a hacer realidad la movilización social.

§ 77 (pp. 261 a 267). La decadencia del orden burgués se manifiesta en pérdida de seguridad e imposibilidad de salvaguardar el antiguo concepto de libertad, porque el mundo del trabajo se manifiesta con amenazas más intensas que cualquier crisis pasajera. La guerra del catorce es el momento clave en este cambio de paradigma, de la seguridad y de la libertad. La libre circulación de las personas ha hacinado una masa humana que se encuentran sometidos a peligros singulares cada vez que se modifica la situación de partida. Dependiendo del país la propiedad privada juega un papel u otro.

La iniciativa privada juega otro papel en la sociedad del trabajo. Incluso en algunos casos el propietario es la parte económicamente débil, como ocurre con los propietarios de inmuebles.

§ 78 (pp. 267 a 272). El poder es contemplado necesariamente como representación de la figura del trabajador. La guerra y la movilización ciudadana es sustituida por la movilización del trabajo. “Con ello está perfilándose con suceso un vastísimo servicio obligatorio de trabajo, un servicio que se extiende no sólo a los hombres aptos para las armas, sino al conjunto de la población y de sus medios” (p. 270).

§ 79 (pp. 272 a 274). Es necesario construir un paisaje planificado que, aunque variable, y precisamente por eso no lleva anejo un carácter definitivo. La implicación en una guerra se presenta como una obligación indeseada, pero en una guerra sin pólvora. “Detrás de esas posibilidades hay un hecho que es de naturaleza mucho más poderosa y vasta: el hecho de que, desde el rango más elevado, es decir, desde la figura del trabajador, los paisajes planificados singulares aparezcan, a despecho de su clausura, como unas áreas especiales en las que se efectúa uno y el mismo proceso fundamental” (pp. 273-4). Porque la meta es que convergen los esfuerzos

en el dominio planetario como símbolo supremo de la nueva figura. “Únicamente aquí está el criterio de una seguridad perteneciente a un orden superior, criterio que abarca todos los turnos de trabajo bélicos y pacíficos” (p. 274)

§ 80 (p. 275). En la democracia del trabajo ya no se hablará de trabajo ni de democracia en el sentido que a nosotros nos resultad corriente. “Aun está por llegar el descubrimiento del trabajo como elemento de riqueza y de libertad; asimismo cambia el sentido de la palabra ‘democracia’ cuando el suelo materno del pueblo aparece como el portador de una raza nueva” (p. 275).

Ángel Arias Domínguez \*

---

\* Profesor Titular de Derecho del Trabajo y de la Seguridad Social. Universidad de Extremadura.

# Red Internacional de ADAPT



**ADAPT** es una Asociación italiana sin ánimo de lucro fundada por Marco Biagi en el año 2000 para promover, desde una perspectiva internacional y comparada, estudios e investigaciones en el campo del derecho del trabajo y las relaciones laborales con el fin de fomentar una nueva forma de “hacer universidad”. Estableciendo relaciones estables e intercambios entre centros de enseñanza superior, asociaciones civiles, fundaciones, instituciones, sindicatos y empresas. En colaboración con el DEAL – Centro de Estudios Internacionales y Comparados del Departamento de Economía Marco Biagi (Universidad de Módena y Reggio Emilia, Italia), ADAPT ha promovido la institución de una Escuela de Alta formación en Relaciones Laborales y de Trabajo, hoy acreditada a nivel internacional como centro de excelencia para la investigación, el estudio y la formación en el área de las relaciones laborales y el trabajo. Informaciones adicionales en el sitio [www.adapt.it](http://www.adapt.it).

Para más informaciones sobre la Revista Electrónica y para presentar un artículo, envíe un correo a [redaccion@adaptinternacional.it](mailto:redaccion@adaptinternacional.it)



**ADAPT**Internacional.it

*Construyendo juntos el futuro del trabajo*